



CAPÍTULO IV

HISTORIA CASI INVEROSÍMIL DE JOSHÉ CRACASCHS

Los dos días siguientes estuvo lloviendo, y se pasó la partida en la venta haciendo algunos reconocimientos por los alrededores. Ni Zalacaín ni Bautista vieron al Cura. Sin duda éste no se presentaba más que en los momentos graves.

Como era natural entre tanta gente inactiva, se pasaron las horas al lado del fuego hablando y contando diferentes episodios y aventuras.

Había en la partida un muchacho de Tolosa, muy melancólico, cuyas únicas ocupaciones eran mirarse á un espejito de mano y tocar el acordeón. Este muchacho se llamaba José Cacohipi y

algunos, á sus espaldas, le decían José Cracasch ó sea en castellano José Manchas.

Martín y Bautista le preguntaron varias veces qué le pasaba para estar tan triste, si es que le dolían las muelas, si tenía las digestiones lentas, disgustos de familia ó algún desorden en la vejiga; á todas estas preguntas contestaba Cacochipi, alias Cracasch, diciendo que no le pasaba nada, pero suspiraba como si le ocurrieran todas esas calamidades al mismo tiempo.

Como el tal Cacochipi constituía un misterio, Martín preguntó á Dantchari, el Estudiante, si por ser tolosano sabía la historia de su conterráneo y amigo, y el ex-seminarista dijo.

—Si no le decís nada os contaré la historia de Joshé, pero habéis de prometerme no burlaros de él.

—No nos burlaremos de él ni le diremos nada.

Dantchari hablaba con esa pedantería clásica de los curas que creen indispensable, para mayor claridad, decir de cuando en cuando alguna palabra en latín.

—Pues habéis de saber—dijo Dantchari—que José Cacochipi, el hijo menor de André Anthoni la confitera, ha sido conocido siempre *urbi et orbe* por el apodo de Joshé Cracasch.

Este apodo lo tenía muy merecido porque Joshé era hace años, y aun hace meses, el mozo más abandonado de la ciudad y de los contornos, así que todo el pueblo *némine discrepante* lo apodaba Cracasch

Joshé no ha tenido hasta hace poco más pasión que la música.

Quisieron hacerle estudiar para cura y ordenarle *in sacris*, pero fué imposible.

Se puede decir de él que es músico *per're* y hombre *per accidens*.

Durante muchos años se ha pasado ocho ó nueve horas en el piano haciendo ejercicios, y como no ha tenido alma más que para la música, en todo lo demás ha sido un descuidado horrible.

Llevaba el traje lleno de lamparones, la boina sucia, el pelo largo, se olvidaba la corbata. Era una verdadera calamidad.

Por eso se llamaba Joshé Cracasch, y á él no solo no le ofendía el apodo sino que le hacía gracia; en cambio su madre, André Anthoni, se ponía como una fiera cuando oía que á su hijo le llamaban así.

Hará un año próximamente que un indiano rico llamado Arizmendi, y que dicen que ha sido pirata... Yo no lo sé, *relata refero*. Como digo, este señor, le preguntó al párroco:

—¿Qué profesor de música le podría yo poner al chico?

—El mejor, José Cacochipi—contestó el cura.

Le hablaron á Cracasch y este se encogió de hombros y dijo que bueno. Su madre le preparó ropa limpia y le advirtió que tuviera cuidado con lo que decía y que fuera prudente, pues la colocación podía ser un *modus vivendi* para él. Cracasch prometió ser prudentísimo.

Llegó el primer día á casa de Arizmendi y preguntó por el amo.

Salió á abrirle una muchacha, y poco después se presentó un señor. La muchacha le dijo que dejara la boina en el colgador.

—¿Para qué?—replicó Joshé—y luego, dirigiéndose al señor, le preguntó.—¿Es la criada, eh?

—No, esta señorita es mi hija—contestó friamente el señor Arizmendi.

Cracasch comprendió que había dado un tropiezo y para enmendarlo, dijo:

—Es muy guapa. ¡Ya se parece á usted, ya!

—No. Si es hijastra mía—contestó el señor Arizmendi.

—Ja, ja... ¡qué risa!... Ya tendrá novio, eh.

Cacochipi fué á dar en un punto que preocupaba á la familia, pues la mucha-

cha tenía amores á disgusto de los padres, con un primo.

El señor Arizmendi le dijo que no hiciera más preguntas impertinentes, que ya sabía que era medio bobo, pero que aprendiese á reportarse.

Joshé, muy extrañado con tal abrupto, fué al cuarto del chico donde dió su primera lección de solfeo. Aquellas palabras duras del señor Arizmendi más que ofender le extrañaron. Joshé no tenía ninguna malicia, toda su vida la había pasado pensando en la música, y de otras cosas nada sabía.

A Cacochipi, que estuvo varias veces invitado á comer con la familia de Arizmendi, le chocaba la tristeza del padre y de la madre y de las hermanas y quiso alegrarlos un poco; porque como dice el profano: «Omissis curis, jucunde vivendum esse», lo cual quiere decir que se debe vivir alegremente y sin cuidados.

Lo primero que se le ocurrió á Cracasch un día que se figuró que ya tenía confianza con la familia de Arizmendi fué á los postres imitar el ruido del tren, luego intentó cantar una canción que en la taberna tenía mucho éxito. En esta canción se hace como si se tocara la flauta y el bombo, y como si se comiera en una cazuela, y luego medio se desnuda uno mientras canta. Joshé creía

que cuando él se quitara la chaqueta y el chaleco toda la familia rompería á reír á carcajadas, pero fué todo lo contrario, porque el señor Arizmendi, mirándole con ojos terribles, le dijo:

—Bueno, Cacochipi; póngase Vd. el chaleco y no vuelva Vd. á quitárselo delante de nosotros.

Joshé se quedó frío y no precisamente por la falta del chaleco.

—A esta gente no les hace gracia nada—murmuró.

Un día apareció á dar la lección con la cara pintada con varios lunares y no hizo efecto; otro, ayudado por su discípulo, ató los cubiertos á la mesa... y nada.

—¿Qué tal, Cracasch?—le preguntaba alguno en la calle.—¿Cómo vá la familia de Arizmendi?

—¡Ah! Es una gente que nada le gusta...—contestaba él.—Se hacen cosas bonitas para divertirles... y nada.

El día de Carnaval Joshé Cracasch tuvo una idea de las suyas y fué convencer á su discípulo para que sacara los trajes de su madre y de una hermana. Se disfrazarían los dos y darían á la familia Arizmendi una broma graciosísima.

—Ahora sí que se van á reír—decía Cacochipi en su interior.

El chico no se anduvo en retóricas y

el domingo de Carnaval tomó los mejores trajes que encontró y fué con ellos á la confitería. Maestro y discípulo se pusieron las prendas femeninas, y armados de sendas escobas fueron á la puerta de la iglesia.

Al salir Arizmendi con su mujer y sus hijas de misa, Cacochipi y su discípulo cayeron sobre ellos y les dieron un sin fin de apretones y de golpes; Joshé recordó á Arizmendi que tenía dentadura postiza, á su mujer que se ponía añadidos y á la hija mayor el novio con quien había reñido, y después de otra porción de cosas igualmente oportunas se marcharon las dos máscaras dando brincos.

Al día siguiente cuando se presentó en casa de Arizmendi, pensó Cracasch:

—Nada, van á felicitarme por la broma de ayer.

Entró y le pareció que todo el mundo estaba serio. De pronto se le acercó Arizmendi y con voz más que severa iracunda, en un terrible *ab irato*, le dijo:

—No vuelva Vd. á poner los pies en mi casa. ¡Imbécil! Si no fuera Vd. un idiota le echaría á puntapiés.

—Pero ¿por qué?—preguntó Joshé.

—¿Y lo pregunta Vd. todavía, majadero? Cuando no se sabe portarse como una persona, no se debe alternar con los demás. Yo creía que era Vd. un estúpido pero no tanto.

Cacochipi por primera vez en su vida se sintió ofendido. Se encerró en su casa y empezó á pensar en la Celedonia, la segunda hija de Arizmendi y en la voz suave y la *eloquendi suavitatem* con que le saludaba por las mañanas cuando le decía:

—Buenos días, Joshé.

Cacochipi se convenció de que, como le había dicho Arizmendi, era un estúpido y de que además estaba enamorado. Estos dos convencimientos le impulsaron á mudarse de traje, á cortarse el pelo, á ponerse una boina nueva y á no permitir que nadie le llamara Cracasch.

—Oye, Cracasch—le decía alguno en la calle.

—¡Hombre! Creo que me has llamado Cracasch—decía él.

—Sí ¿y qué?

—Que no quiero que me vuelvas á llamar así.

—Pero hombre, Cracasch...

—Toma—y Joshé empezaba á puñetazos y á golpes.

En poco tiempo Joshé borró su apodo de Cracasch. La Celedonia Arizmendi había notado la transformación de Joshé y sabía la parte que en este cambio le correspondía á ella. Joshé veía que la muchacha le miraba con buenos ojos; pero era tan tímido que nunca se hubiera atrevido á decirle nada.

Llevaban sus amores el camino de pasar á la historia sin llegar al primer capítulo cuando el hijo de un boticario se encargó de darles una solución.

Quería burlarse de Joshé y escribió una carta de amor grotesca á la hija de Arizmendi firmando Joshé Cracasch.

La chica le envió la carta á Joshé diciéndole que se querían burlar de él, pero que ella le estimaba y que pasara por delante de su casa y que hablarían.

Joshé fué y le vió á la muchacha y le dió las buenas tardes y no se le ocurrió más; ella le preguntó si su madre, Andre Anthoni, estaba buena, él la contestó que sí y entonces ella le dijo:

—Hasta mañana, Joshé.

—Adios.

Cacochipi quedó como embobado; necesitaba respirar, tomar aire y salió de Tolosa y tomó el camino de Anoeta y pasó Anoeta y luego Irura y cruzó Villabona y fué andando andando hasta que se topó con la partida del Cura que iba á conquistar *viribus et armis* la gloria. Uno de la partida le dió el alto y le hizo descender de las sublimidades amatorio-musicales en que se hallaba sumido, presentándole el sencillo dilema de recibir una paliza ó de venirse con nosotros.

Joshé Cacochipi por muy aficionado

que sea á la música no ha querido que solfeen sobre él y ya hace un mes que está en la partida.

Tal era la historia de Joshé Cracasch que contó Dantchari el Estudiante con algunos latinajos más de los que pone el autor.



CAPITULO V

CÓMO LA PARTIDA DEL CURA DETUVO LA DILIGENCIA CERCA DE ANDOAIN

AL tercer día de estar en la venta la inacción era grande, y entre el Jabonero y Luschía acordaron detener aquella mañana la diligencia que iba desde San Sebastián á Tolosa.

Se dispuso la gente á lo largo del camino de dos en dos; los más lejanos irían avisando cuando apareciera la diligencia y replegándose junto á la venta.

Martín y Bautista se quedaron con el Cura y el Jaboner, porque el cabecilla y su teniente no tenían bastante confianza en ellos.

A eso de las once de la mañana avisaron la llegada del coche. Los hombres

que espiaban el paso fueron acercándose á la venta, ocultándose por los lados del camino.

El coche iba casi lleno. El Cura, el Jabonero y los siete ú ocho hombres que estaban con ellos se plantaron en medio de la carretera.

Al acercarse el coche el Cura levantó su garrote y gritó:

—¡Alto!

Anchusa y Luschía se agarraron á la cabezada de los caballos y el coche se detuvo.

—¡Arrayua! ¡El Cura!—exclamó el cochero en voz alta.—Nos hemos fastidiado.

—Abajo todo el mundo—mandó el Cura.

Egozcue abrió la portezuela de la diligencia. Se oyó en el interior un coro de exclamaciones y de gritos.

—Vaya. Bajen Vdes. y no alboroten—dijo Egozcue con finura.

Bajaron primero dos campesinos vascos y un cura, luego un hombre rubio al parecer extranjero y después saltó una muchacha morena que ayudó á bajar á una señora gruesa de pelo blanco.

—Pero Dios mío ¿adónde nos llevan?—exclamó ésta.

Nadie le contestó.

—¡Anchusa! ¡Luschía! Desenganchad

los caballos—gritó el Cura.—Ahora todos á la posada.

Anchusa y Luschía llevaron los caballos y no quedaron con el Cura más que unos ocho hombres contando con Bautista, Zalacaín y Joshé Cracasch.

—Acompañad á éstos—dijo el cabecilla á dos de sus hombres señalando á los campesinos y al cura.

—Vosotros—é indicó á Bautista, Zalacaín, Joshé Cracasch y otros dos hombres armados—id con la señora, la señorita y este viajero.

La señora gruesa lloraba afligida.

—Pero ¿nos van á fusilar?—preguntó gimiendo.

—¡Vamos! ¡Vamos!—dijo uno de los hombres armados, brutalmente.

La señora se arrodilló en el suelo pidiendo que la dejaran libre.

La señorita pálida, con los dientes apretados lanzaba fuego por los ojos. Sin duda sabía los procedimientos usados por el Cura con las mujeres.

A algunas solía desnudarlas de medio cuerpo arriba, les untaba con miel el pecho y la espalda y las emplumaba; á otras les cortaba el pelo ó lo untaba de brea y luego se lo pegaba á la espalda.

—Ande Vd., señora—dijo Martín—que no les pasará nada.

—¿Pero adónde?—preguntó ella.

—A la posada que está aquí cerca.

La joven nada dijo, pero lanzó á Martín una mirada de odio y de desprecio.

Las dos mujeres y el extranjero comenzaron á marchar por la carretera.

—Atención, Bautista—dijo Martín en francés—tú al uno yo al otro. Cuando no nos vean.

El extranjero extrañado, en el mismo idioma, preguntó:

—¿Qué van Vdes. á hacer?

—Escaparnos. Vamos á quitar los fusiles á estos hombres. Ayúdenos Vd.

Los dos hombres armados, al oír que se entendían en una lengua que ellos no comprendían, entraron en sospechas.

—¿Qué habláis?—dijo uno retrocediendo y preparando el fusil.

No tuvo tiempo de hacer nada porque Martín le dió un garrotazo en el hombro y le hizo tirar el fusil al suelo, Bautista y el extranjero forcejearon con el otro y le quitaron el arma y los cartuchos. Joshé Cracasch estaba como en babia.

Las dos mujeres, viéndose libres, echaron á correr por la carretera en dirección á Hernani. Cracasch las siguió. Este llevaba una mala escopeta que podía servir en último caso. El extranjero y Martín tenían cada uno su fusil, pero no contaban más que con pocos cartuchos. A uno le habían podido quitar la cartuchera, al otro fué imposible.

Este volaba corriendo á dar parte á los de la partida.

El extranjero, Martín y Bautista corrieron y se reunieron con las dos mujeres y con Joshé Cracasch.

La ventaja que tenían era grande, pero las mujeres corrían poco; en cambio la gente del Cura en cuatro saltos se plantaría junto á ellos.

—¡Vamos! ¡Animo!—decía Martín.—En una hora llegamos.

—No puedo—gemía la señora.—No puedo andar más.

—¡Bautista!—exclamó Martín.—Corre á Hernani, busca gente y tráela. Nosotros nos defenderemos aquí un momento.

—Iré yo—dijo Joshé Cracasch.

—Bueno, entonces deja el fusil y las municiones.

Tiró el músico el fusil y la cartuchera y echó á correr como alma que lleva el diablo.

—No me fío de ese músico simple—murmuró Martín.—Vete tú, Bautista.

La lástima es que quede un arma inútil.

—Yo dispararé—dijo la muchacha.

Se volvieron á hacer frente, porque los hombres de la partida se iban acercando.

Silbaban las balas. Se veía una nubecilla blanca y pasaba al mismo tiempo una bala por encima de las cabezas de

los fugitivos. El extranjero, la señorita y Martín se guarecieron cada uno detrás de un árbol y se repartieron los cartuchos. La señora vieja, sollozando, se tiró en la hierba por consejo de Martín.

—¿Es Vd. buen tirador?—preguntó Zalacaín al extranjero.

—¿Yo? Sí. Bastante regular.

—¿Y usted, señorita?

—También he tirado algunas veces.

Seis hombres se fueron acercando á unos cien metros de donde estaban guarecidos Martín, la señorita y extranjero. Uno de ellos era Luschía.

—A ese ciudadano, le voy á dejar cojo para toda su vida—dijo el extranjero.—Efectivamente, disparó y uno de los hombres cayó al suelo dando gritos.

—Buena puntería—dijo Martín.

—No es mala—contestó fríamente el extranjero.

Los otros cinco hombres recogieron al herido y lo retiraron hacia un declive. Luego cuatro de ellos, dirigidos por Luschía, dispararon al árbol de donde había salido el tiro. Creían sin duda que allí estaban refugiados Martín y Bautista y se fueron acercando al árbol. Entonces disparó Martín é hirió á uno en una mano.

Quedaban solo tres hábiles, y retrocediendo y arrimándose á los árboles siguieron haciendo disparos.

—¿Habrá descansado algo su madre?—preguntó Martín á la señorita.

—Sí.

—Que siga huyendo. Vaya usted también.

—No, no.

—No hay que perder tiempo—gritó Martín dando una patada en el suelo.—Ella sola ó con Vd. ¡Hala! En seguida.

La señorita dejó el fusil á Martín y en unión de su madre comenzó á marchar por la carretera.

El extranjero y Martín esperaron, luego fueron retrocediendo sin disparar, hasta que al llegar á una vuelta del camino comenzaron á correr con toda la fuerza de sus piernas. Pronto se reunieron con la señora y su hija. La carrera terminó á la media hora, al oír otra vez que las balas comenzaban á silbar por encima de sus cabezas.

Allí no había árboles donde guarecerse, pero sí unos montones de piedra machacada para el lecho de la carretera, y en uno de ellos se tendió Martín y en el otro el extranjero. La señora y su hija se echaron en el suelo.

Al poco tiempo aparecieron varios hombres; sin duda ninguno quería acercarse y llevaban la idea de rodear á los fugitivos y de cogerlos entre dos fuegos.

Cuatro hombres fueron á campo traviesa por entre maizales, por un lado de

la carretera, mientras otros cuatro avanzaban por otro lado entre manzanos.

—Si Bautista no viene pronto con gente creo que nos vamos á ver apurados —exclamó Martín.

La señora, al oírle, lanzó nuevos gemidos y comenzó á lamentarse con grandes sollozos de haber escapado.

El extranjero sacó un reloj y murmuró:

—Tenía tiempo. No habrá encontrado á nadie.

—Eso debe ser—dijo Martín.

—Veremos si aquí podemos resistir algo—repuso el extranjero.

—¡Hermoso día!—murmuró Martín.—

La verdad es que un día tan hermoso convida á todo, hasta á que le peguen á uno un tiro.

—Por si acaso, habrá que evitarlo en lo posible.

Dos ó tres balas pasaron silbando y fueron á estrellarse en el suelo.

—¡Rendíos!—dijo la voz de Belcha por entre unos manzanos.

—Venid á cogernos—gritó Martín, y vió que uno le apuntaba en el monte desde cerca de un árbol; él apuntó á su vez y los dos tiros sonaron casi simultáneamente. Al poco tiempo el hombre volvió á aparecer más cerca, escondido entre unos helechos, y disparó sobre Martín.

Este sintió un golpe en el muslo y comprendió que estaba herido. Se llevó la mano al sitio de la herida y notó una cosa tibia. Era sangre. Con la mano ensangrentada cogió el fusil y apoyándose en las piedras apuntó y disparó. Luego sintió que se le iban las fuerzas al perder la sangre y cayó desmayado.

El extranjero aguardó un momento, pero en aquel instante una compañía de migueletes avanzaba por la carretera corriendo y haciendo disparos, y la gente del Cura se retiraba.





CAPÍTULO VI

COMO CUIDÓ LA SEÑORITA DE BRIONES
Á MARTÍN ZALACAÍN

UANDO de nuevo pudo darse Martín Zalacaín cuenta de que vivía, se encontró en la cama, entre cortinas tupidas.

Hizo un esfuerzo para moverse y se sintió muy débil y con un ligero dolor en el muslo.

Recordó vagamente lo pasado, la lucha en la carretera y quiso saber donde estaba.

—¡Eh!—gritó con voz apagada.

Las cortinas se abrieron y una cara morena, de ojos negros, apareció entre ellas.

—Por fin. ¡Ya se ha despertado Vd.!

—Sí. ¿Dónde me han traído?

—Luego le contaré á Vd. todo—dijo la muchacha morena.

—¿Estoy prisionero?

—No, no; está Vd. aquí en seguridad.

—¿En qué pueblo?

—En Hernani.

—Ah, vamos. ¿No me podrían abrir esas cortinas?

—No, por ahora no. Dentro de un momento vendrá el médico, y si le encuentra á Vd. bien, abriremos las cortinas y le permitiremos hablar. Con que ahora siga Vd. durmiendo.

Martín sentía la cabeza débil y no le costó mucho trabajo seguir el consejo de la muchacha.

Al mediodía llegó el médico que reconoció á Martín la herida, le tomó el pulso y dijo:

—Ya puede empezar á comer.

—¿Y le dejaremos hablar, doctor? —preguntó la muchacha.

—Sí.

Se fué el doctor, y la muchacha de los ojos negros descorrió las cortinas y Martín se encontró en una habitación grande, algo baja de techo, por cuya ventana entraba un dorado sol de invierno. Pocos instantes después apareció Bautista en el cuarto, de puntillas.

—Hola, Bautista—dijo Martín burlo-namente.—¿Qué te ha parecido nuestra primera aventura de guerra? ¿Eh?

—¡Hombre! A mí, bien—contestó el cuñado.—A tí, quizás no te haya parecido tan bien.

—¡Pse! Ya hemos salido de esta.

La muchacha de los ojos negros, á quien al principio no reconoció Martín, era la señorita á quien habían hecho bajar del coche los de la partida del Cura y después se había fugado con ellos en compañía de su madre.

Esta señorita le contó á Martín como le llevaron en una camilla hasta Hernani, y le extrajeron la bala.

—Y yo no me he dado cuenta de todo esto—dijo Martín.—¿Cuanto tiempo llevo en la cama?

—Cuatro días ha estado Vd. con una fiebre altísima.

—¿Cuatro días?

—Sí.

—Por eso estoy rendido. ¿Y su madre de Vd.?

—También ha estado enferma, pero ya se levanta.

—Me alegro mucho. ¿Sabe Vd.? Es raro—dijo Martín—no me parece Vd. la misma que vino en la carretera con nosotros.

—¿No?

—No.

—¿Y por qué?

—Le brillaban á Vd. los ojos de una manera tan rara, así como dura...

—¿Y ahora no?

—Ahora no, ahora me parecen sus ojos muy suaves...

La muchacha se ruborizó sonriendo.

—La verdad es—dijo Bautista—que has tenido suerte. Esta señorita te ha cuidado como á un rey.

—¡Qué menos podía hacer por uno de nuestros salvadores!—exclamó ella ocultando su confusión.—Oh, pero no hable usted tanto. Para el primer día es demasiado.

—Una pregunta sólo—dijo Martín.

—Veamos la pregunta—contestó ella.

—Quisiera saber como se llama usted.

—Rosa Briones.

—Muchas gracias, señorita Rosa—murmuró Martín.

—¡Oh! no me llame Vd. señorita. Llámeme Vd. Rosa ó Rosita como me dicen en casa.

—Es que yo no soy caballero—repuso Martín.

—¡Pues si Vd. no es caballero, quién lo será!—dijo ella.

Martín se sintió halagado y como Rosa le indicaba que callara llevándose el dedo á los labios, cerró los ojos...

La convalecencia de Martín fué muy rápida, tanto, que á él casi le pareció que se curaba demasiado pronto.

Bautista, al ver á su cuñado en visperas de levantarse y en buenas manos,

como dijo algo irónicamente, se fué á Francia á reunirse con Capistun y á seguir con los negocios.

Martín pudo tomar Hernani por una Capua, una Capua espiritual.

Rosita Briones y su madre doña Pepita le mimaban y le halagaban.

De conocerlo, Martín hubiera podido recitar, refiriéndose á él mismo, el romance antiguo de Lanzarote:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido
Como fuera Lanzarote
Cuando de su aldea vino.

Rosita durante la convalecencia tuvo largas conversaciones con Martín. Era de Logroño, donde vivía con su madre. Doña Pepita era la causante de la desdichada aventura. A ella se le ocurrió ir á Villabona para ver á su hijo que le habíandicho que se encontraba herido en este pueblo. Afortunadamente la noticia resultó falsa.

Doña Pepita, la madre de Rosita, era una señora romántica, con unas ideas absurdas. Adoraba á su hijo, vivía temblando de que le pasara algo, pero á pesar de todo había querido que fuera militar. Al decidir la aventura que terminó con la detención de la diligencia y al oír las observaciones de su hija al malhadado proyecto, había contestado:

—Los carlistas son españoles y caballeros y no pueden hacer daño á unas señoras.

A pesar de esta imposibilidad estuvieron las dos á punto de ser emplumadas ó apaleadas por la gente del Cura.

Martín llegó á convencerse de que la buena señora tenía una imposibilidad irreductible para enterarse de las cosas. Lo veía todo á su gusto y se convencía de que los hechos eran como se los había pintado su fantasía. Si de la madre cualquiera hubiese dicho que le faltaba un tornillo, no podía decirse lo mismo de la hija. Esta era lista y avispada como pocas; tenía un juicio rápido, seguro y claro.

Muchas veces para distraer al herido Rosa le leyó novelas de Dumas y poesías de Becquer. Martín nunca había oído versos y le hicieron un efecto admirable, pero lo que más le sorprendió fué la discreción de los comentarios de Rosita. No se le escapaba nada.

Pronto Martín pudo levantarse, y, cojeando, andar por la casa. Un día que contaba su vida y sus aventuras, Rosita le preguntó de pronto:

—¿Y Catalina quién es? ¿Es su novia de Vd.?

—Sí. ¿Cómo lo sabe Vd.?

—Porque ha hablado Vd. mucho de ella en el delirio.

—¡Ah!

—¿Y es guapa?

—¿Quién?

—Su novia.

—Sí, creo que sí.

—¿Cómo? ¿Cree Vd. nada más?

—Es que la conozco desde chico, y estoy tan acostumbrado á verla que casi no sé cómo es.

—¿Pero no está Vd. enamorado de ella?

—No sé, la verdad.

—¡Qué cosa más rara! ¿Qué tipo tiene?

—Es así... algo rubia...

—¿Y tiene hermosos ojos?

—No tanto como Vd.—dijo Martín.

A Rosita Briones le centellearon los ojos, y envolvió á Martín en una de sus miradas enigmáticas.

Una tarde se presentó en Hernani el hermano de Rosita.

Era un joven fino, atento, pero poco comunicativo.

Doña Pepita le puso á Zalacaín delante de su hijo como un salvador, como un héroe.

Al día siguiente Rosita y su madre iban á San Sebastián para marcharse desde allí á Logroño.

Les acompañó Martín y su despedida fué muy afectuosa. Doña Pepita le abrazó, y Rosita le estrechó la mano varias veces y le dijo imperiosamente:

—Vaya Vd. á vernos.

—Sí, ya iré.

—Pero que sea de veras.

Los ojos de Rosita prometían mucho.

Al marcharse madre é hija, Martín pareció despertar de un sueño; se acordó de sus negocios, de su vida y sin pérdida de tiempo se fué á Francia.



CAPÍTULO VII

CÓMO MARTÍN ZALACAÍN BUSCÓ NUEVAS AVENTURAS

UNA noche de invierno llovía en las calles de San Juan de Luz; algún mechero de gas temblaba á impulsos del viento y de las puertas de las tabernas salían voces y sonido de acordeones.

En Socoa, que es el puerto de San Juan de Luz, en una taberna de marineros, cuatro hombres sentados en una mesa charlaban. De cuando en cuando uno de ellos abría la puerta de la taberna, avanzaba en el muelle silencioso, miraba al mar y al volver decía:

—Nada, la Flêche no viene aun.

El viento silbaba en bocanadas furiosas sobre la noche y el mar negros, y se

oía el ruido de las olas azotando la pared del muelle.

En la taberna, Martín, Bautista, Capistun y un hombre viejo á quien llamaban Ospitalech, hablaban; hablaban de la guerra carlista que seguía como una enfermedad crónica sin resolverse.

—La guerra acaba—dijo Martín.

—¿Tú crees?—preguntó el viejo Ospitalech.

—Sí, esto marcha mal, y yo me alegro—dijo Capistun.

—No, todavía hay esperanza—repuso Ospitalech.

—El bombardeo de Irún ha sido un fracaso completo para los carlistas—dijo Martín.—¡Y qué esperanzas tenían todos estos legitimistas franceses! Hasta los hermanos de la Doctrina Cristiana habían dado vacaciones á los niños para que fuesen á la frontera á ver el espectáculo. ¡Canallas! Y ahí vimos á ese arrogante don Carlos, con sus terribles batallones, echando granadas y granadas para tener luego que escaparse corriendo hacia Vera.

—Si la guerra se pierde nos arruinamos—murmuró Ospitalech.

Capistun estaba tranquilo, pensaba retirarse á vivir á su país; Bautista, con las ganancias del contrabando, había extendido sus tierras. De los tres, Zalacaín no estaba contento. Si no le hubiese

retenido el pensamiento de encontrar á Catalina se hubiera ido á América.

Llevaba ya más de un año sin saber nada de su novia; en Urbia se ignoraba su paradero, se decía que doña Agueda había muerto, pero no se hallaba confirmada la noticia.

De estos cuatro hombres de la taberna de Socoa los dos contentos, Bautista y Capistun, charlaban; los otros dos rabiaban y se miraban sin hablarse. Afuera llovía y venteaba.

—¿Alguno de vosotros se encargaría de un negocio difícil en que hay que exponer la pelleja?—preguntó de pronto Ospitalech.

—Yo no—dijo Capistun.

—Ni yo—contestó distraidamente Bautista.

—¿De qué se trata?—preguntó Martín.

—Se trata de hacer un recorrido por entre las filas carlistas y conseguir que varios generales y además el mismo don Carlos firmen unas letras.

—¡Demonio! No es fácil la cosa—exclamó Zalacaín.

—Ya lo sé que no; pero se pagaría bien.

—¿Cuánto?

—El patrón ha dicho que daría el veinte por ciento si le trajeran las letras firmadas.

—¿Y á cuánto asciende el valor de las letras?

—¿A cuánto? No sé de seguro la cantidad. ¿Pero es que tú irías?

—¿Por qué no? Si se gana mucho...

—Pues entonces espera un momento. Parece que llega el barco, luego hablaremos.

Efectivamente, se había oído en medio de la noche un agudo silbido. Los cuatro salieron al puerto y se oyó el ruido de las aguas removidas por una hélice, y luego aparecieron unos marineros en la escalera del muelle, que sujetaron la amarra en un poste.

—¡Eup! Manisch—gritó Ospitalech.

—¡Eup!—contestaron desde el mar.

—¿Todo bien?

—Todo bien—respondió la voz.

—Bueno, entremos—añadió Ospitalech—que la noche está de perros.

Volvieron á meterse en la taberna los cuatro hombres, y poco después se unieron á ellos Manisch, el patrón del barco, la Flêche que al entrar se quitó el sudeste y dos marineros más.

—¿De manera que tú estás dispuesto á encargarte de ese asunto?—preguntó Ospitalech á Martín.

—Sí.

—¿Solo?

—Solo.

—Bueno, vamos á dormir. Por la mañana iremos á ver al principal y te dirá lo que se puede ganar.

Los marineros de la Flêche comenzaban á beber, y uno de ellos cantaba, entre gritos y patadas, la canción de *Les matelots de la Belle Eugénie*.

Al día siguiente, muy temprano, se levantó Martín y con Ospitalech tomó el tren para Bayona. Fueron los dos á casa de un banquero judío que se llamaba Levi-Alvarez. Era este un hombre bajito, entre rubio y canoso, con la nariz arqueada, el bigote blanco y los anteojos de oro. Ospitalech era dependiente del señor Levi-Alvarez y contó á su principal como Martín se brindaba á realizar la expedición difícil de entrar en el campo carlista para volver con las letras firmadas.

—¿Cuánto quiere Vd. por eso?—preguntó Levi-Alvarez.

—El veinte por ciento.

—¡Caramba! Es mucho.

—Está bien, no hablemos, me voy.

—Espere Vd. ¿Sabe Vd. que las letras ascienden á ciento veinte mil duros? El veinte por ciento sería una cantidad enorme.

—Es lo que me ha ofrecido Ospitalech. Eso ó nada.

—¡Qué barbaridad! No tiene Vd. consideración...

—Es mi última palabra. Eso ó nada.

—Bueno, bueno. Está bien. ¿Sabe usted que si tiene suerte se va Vd. á ganar veinticuatro mil duros...?

—Y sino me pegarán un tiro.

—Exacto. ¿Acepta Vd.?

—Sí, señor, acepto.

—Bueno. Entonces estamos conformes.

—Pero yo exijo que Vd. me formalice este contrato por escrito—dijo Martín.

—No tengo inconveniente.

El judío quedó un poco perplejo y después de vacilar un poco, preguntó:

—¿Cómo quiere Vd. que lo haga?

—En pagarés de mil duros cada uno.

El judío, después de vacilar, llenó los pagarés y puso los sellos.

—Si cobra Vd. —advirtió— de cada pueblo me puede Vd. ir enviando las letras.

—¿No las podría depositar en los pueblos en casa del notario?

—Sí; es mejor. Un consejo. En Estella no vaya Vd. donde el ministro de la guerra. Preséntese Vd. al general en jefe y le entrega Vd. las cartas.

—Eso haré.

—Entonces, adios y buena suerte.

Martín fué á casa de un notario de Bayona, le preguntó si los pagarés estaban en regla y habiéndole dicho que sí los depositó bajo recibo.

El mismo día se fué á Zaro.

—Guardadme este papel—dijo á Bautista y á su hermana—dándoles el recibo.

Yo me voy.

—¿Adónde vas?—preguntó Bautista

Martín le explicó sus proyectos.

—Eso es un disparate—dijo Bautista—te van á matar,

—¡Cál!

—Cualquiera de la partida del Cura que te vea te denuncia.

—No está ninguno en España. La mayoría andan por Buenos Aires. Algunos los tienes por aquí, por Francia, trabajando.

—No importa, es una barbaridad lo que quieres hacer.

—¡Hombre! Yo no obligo á nadie á que venga conmigo—dijo Martín.

—Es que si tú crees que eres el único capaz de hacer eso, estás equivocado —replicó Bautista.— Yo voy donde otro vaya.

—No digo que no.

—Pero parece que dudas.

—No, hombre, no.

—Sí, sí, y para que veas que no hay tal cosa te voy á acompañar. No se dirá que un vasco francés no se atreve á ir donde vaya un vasco español.

—Pero hombre, tú estás casado—repuso Martín.

—No importa.

—Bueno, ya veo que lo que tu quieres es acompañarme. Iremos juntos, y si conseguimos traer las letras firmadas te daré algo.

—¿Cuánto?

—Ya veremos.

—¡Qué granuja eres!—exclamó Bautista—¿para qué quieres tanto dinero?

—¿Qué sé yo? Ya veremos. Yo tengo en la cabeza algo. ¿Qué? No lo sé, pero sirvo para alguna cosa. Es una idea que se me ha metido en la cabeza hace poco.

—¿Qué demonio de ambición tienes?

—No sé, chico, no sé—contestó Martín—pero hay gente que se considera como un cacharro viejo que lo mismo puede servir de taza que de escupidera. Yo no, yo siento en mí, aquí dentro, algo duro y fuerte... no sé explicarme.

A Bautista le extrañaba esta ambición obscura de Martín, porque él era claro y ordenado y sabía muy bien lo que quería.

Dejaron esta cuestión y hablaron del recorrido que tenían que hacer.

Este comenzaría yendo en el vaporcito la Flèche á Zumaya y siguiendo de aquí á Azpeitia, de Azpeitia á Tolosa y de Tolosa á Estella. Para no llevar la lista de todas las personas á quien tenían que ver y estar consultando á cada paso lo que podía comprometerles, Bautista, que tenía magnífica memoria, se la aprendió de corrido; cosieron las letras entre el cuero de las polainas y por la noche se embarcaron.

Entraron en el vaporcito de la Flèche en Socoa y se echaron al mar. Bautista y

Zalacáin pasaron la travesía metidos en un camarote pequeño dando tumbos.

Al amanecer, el piloto vió hacia el cabo de Machichaco un barco que le pareció de guerra, y forzando la marcha entraron en Zumaya.

Varias compañías carlistas salieron al puerto dispuestas á comenzar el fuego, pero cuando reconocieron el barco francés se tranquilizaron. Después de desembarcar, la memoria admirable de Bautista indicó las personas á quienes tenían que ver en este pueblo. Las buscaron, firmaron las letras, compraron dos caballos, se agenciaron un salvoconducto; y por la tarde, después de comer, Martín y Bautista se encaminaron por la carretera de Cestona.

Pasaron por el pueblecito de Oiquina constituido por unos cuantos caseríos colocados al borde del río Urola, luego por Aizarnarabal y en la venta de Iraeta, cerca del puente, se detuvieron á cenar.

La noche se echó pronto encima. Cenaron Martín y Bautista y discutieron si sería mejor quedarse allí ó seguir adelante, y fueron partidarios de esto último.

Montaron en sus jamelgos, y al echar á andar vieron que de una casa próxima al puente de Iraeta salía un coche arrastrado por cuatro caballos. El coche co-

menzó á subir el camino de Cestona al trote. Este trozo de camino, desde Iraeta á Cestona, pasa entre dos montes y tiene en el fondo el río. De noche, sobre todo, es triste y siniestro.

Martín y Bautista, por ese sentimiento de fraternidad que se siente en las carreteras, quisieron acercarse al coche y ponerse al habla con el cochero, pero sin duda el cochero tenía razones para no querer compañía, porque al notar que le seguían puso los caballos al trote largo y luego les hizo galopar.

Así, el coche delante y Martín y Bautista detrás, subieron á Cestona, y al llegar aquí el coche dió una vuelta rápida y poco después echó un fardo en el suelo.

— Es algún contrabandista — dijo Martín.

Efectivamente lo era; hablaron con él y el hombre les confesó que había estado dispuesto á dispararles al ver que le perseguían. Marcharon los tres á la posada ya hechos amigos, y Martín fué á ver á un confitero carlista de la calle Mayor.

Durmieron en la posada de Blas y muy de mañana Zalacaín y Bautista se prepararon á seguir su camino.

Era el día lluvioso y frío, la carretera amarillenta, llena de baches, ondulaba por entre campos verdes; no se veía el

monte Itzarraiz envuelto entre la bruma. El río crecido iba de color de ocre. Se detuvieron en Lasao en la posesión de un barón carlista á hacer que su administrador firmara un documento y siguieron bordeando el Urola hasta Azpeitia.

Aquí el trabajo era bastante grande y tardaron en terminarle. Al anochecer estuvieron ya libres, y como preferían quedarse en pueblos grandes, tomaron un camino de herradura que subía al monte Hernio y fueron á dormir á una aldea llamada Regil.

El tercer día de Regil, cogieron el camino de Vidania, y llegaron á Tolosa en donde estuvieron unas horas.

De Tolosa fueron á dormir á un pueblo próximo. Les dijeron que por allá andaba una partida y prefirieron seguir adelante. Esta partida días antes había apaleado bárbaramente á unas muchachas porque no quisieron bailar con unos cuantos de aquellos foragidos. Dejaron el pueblo, y unas veces al trote y otras al paso llegaron hasta Amezqueta, en donde se detuvieron.